

Arte en Guatemala
**Notas a la Exposición
de Grajeda Mena**

Hay entre las artes una subterránea correspondencia, aunque tenga cada una su campo propio, determinado por el instrumento que emplea. Hay artistas que usan más de un instrumento, aunque nuestro tiempo sea el de la especialización—que a veces significa pobreza—y no suelen darse las plurales personalidades renacentistas.

Entre las llamadas artes plásticas por lo menos, el parentesco es tan estrecho, que los artistas se atreven más fácilmente a hacer incursiones de un campo a otro, y nos obligan a preguntarnos si estamos ante un escultor que pinta o ante un pintor que hace escultura.

Es el caso de Guillermo Grajeda Mena, reconocido, admirado y muchas veces premiado como escultor, quien ahora presenta en la galería de la Facultad de Humanidades una exposición de pintura.

★ ★

La escultura y la pintura tienen algo en común: el dibujo. Pero éste no juega el mismo papel en una y otra; si el dibujo es algo así como el sostén y la esencia misma de la escultura, en la pintura ha de ser un alma secreta, un hilo fuerte pero escondido que nunca rompa con su rigidez intelectual y el sensitivo acuerdo de los colores. Porque pintura no quiere decir, naturalmente, dibujo coloreado.

Entre los treinta y tantos cuadros que presenta Grajeda Mena habría que distinguir entre los puros dibujos—que no pretenden ser otra cosa,— los dibujos donde el color queda, digamos así, sobrepuesto, y aquellas obras donde color y dibujo se funden armoniosamente para procurarnos el misterioso placer de una expresión artística completa y cumplida.

No cabe duda que Mena es un excelente dibujante y que conoce su oficio de artista como pocos. Este no es un pequeño elogio. La libertad que permite el arte moderno se presta a la «facilidad» de los aficionados, y un observador superficial hasta puede creer que los artistas «modernos» no necesitan aprender una técnica, y, sobre todo, pueden desconocer esa rigurosa disciplina que es el dibujo. Mena, dotado de gracia natural, lo conoce también por estudio, ensayo y práctica cotidiana.

Cuando se enfrenta con cualquier otro elemento—en escultura, pintura o decoración—sentimos en su trabajo ese amor y ese estudio de la materia que trata, propio de los artistas verdaderos.

En las obras expuestas, Grajeda Mena ha logrado con la cera—la encaustica de los antiguos—combinada con tinta y lápices de colores, resultados de un gusto indiscutible y de un raro refinamiento.

Pero... ay, el peligro de dibujar tan bien. Y el peligro de la abstracción y de la síntesis...

★ ★

¿Se puede reducir un desnudo a un juego de ángulos y triángulos? Por supuesto, si se puede. Pero si sólo es eso, puede ocurrir como en el «Desnudo en amarillo y rosa», o en «Mujer moderna», que el resultado sean ilustraciones más bien triviales. Un poco más allá, otro desnudo—este en «amarillo y verde»—nos seduce de inmediato, y la diferencia no está simplemente entre el verde y el rosa.

Una quieta mujer delgada, de pte, verde y casta bajo el manto de su amarilla cabellera-lluvia. Hay dibujo—un dibujo esencial y sensitivo—hay color—un color apenas modulado—y todo ello se funde en una expresión pictórica original, no sin el secreto toque de la poesía.

Emparentados con esta mujer verde, de agudo rostro apenas apuntado, hay rostros de niñas, de efebos o de niñas—unos muy elaborados, y otros obtenidos con muy pocos rasgos—que en suaves alianzas de morados, azules, verdes y pocos tonos cálidos, viven una serena melancolía. Y digno conductor de estas niñas o musas modernas, un «Apolo arcaico», que recuerda un poco por sus tonos fríos y su clasicismo abstracto la llamada «pintura metafísica» de De Chico: revela una gran madurez artística.

★ ★

La pintura de Mena parece tener dos fuentes interiores. Acabamos de aludir a ciertas expresiones líricas dentro de una especie de clasicismo moderno. Su otra faz deriva de lo bíblico y lo cristiano, llamando bíblico a ese soplo profético y apocalíptico que anima por ejemplo la cabeza de Abraham, tan rica de expresión y de color (siempre los jugosos acuerdos de morados y pifahaya), y la misma «cabeza de Cristo» surcada de amarguras; y llamando cristiana esa manera atormentada con sabor de sangre y de culto popular en que está concebido el «Ecce Homo», una de la sobras más logradas de la exposición. Se podría, pues, hablar de la pintura bifronte de Mena, con un rostro calmo, aunque nutrido de inquietantes melancolías, y el otro tempestuoso y violento.

Dentro de esta modalidad está concebido el óleo titulado «Cain y Abel», donde el fratricidio se asocia a la representación de la bomba atómica. Es una obra ambiciosa cuyo resultado, me parece, no alcanza el fin que el artista se había propuesto; y ello quizás por el riesgo antes señalado de la excesiva esquematización, o por la preocupación preponderante del tema polémico. Una composición atrevida y feliz con la figura de Cain dominando el cuerpo del caído, trazado en escorzo. Pero esta composición queda demasiado vacía y desnuda, acercándose peligrosamente a la manera de un vistoso cartel.

Lo contrario ocurre con el «Ecce Homo» antes citado, donde los innegables valores decorativos y el sabio juego lineal quedan incluidos, fundidos, dentro de una concepción unitaria y completa. El gusto y la habilidad del dibujante se manifiestan en ese encerrar la figura encucillada dentro de un cuadrado, con las relativas correspondencias de líneas y de ángulos, pero esta geometría no se desencarna de la materia viva y colorida que sobre el denso fondo morado constituye la sangrienta figura del Cristo.

★ ★

¿Es Mena un pintor, o no deja de ser un escultor que pinta? Ante esta exposición, yo me he olvidado sin esfuerzo de su escultura, y eso es ya una especie de respuesta a lo que nos preguntábamos desde el principio. Sin embargo, la pintura no está del todo presente en este conjunto de obras. Lo está en algunas, mientras otras permanecen en el terreno de la decoración, del ensayo, o de lo gratamente ilustrativo. Y es que Mena tiene los defectos de sus cualidades y le amenazan los peligros de su técnica: deja a veces en un primer movimiento decorativo lo que podría llegar a ser un resultado más complejo, o confunde la unidad y la síntesis con la simplificación superficial. Mena es también un decorador y un excelente ilustrador de libros. Por supuesto, no queremos perderlo como tal; pero al descubrir aquí su talento de pintor, no podemos dejar de contemplar este camino y pedirle que no lo abandone.

ALAIDE FOPPA

No cabe duda que Mena es un excelente dibujante y que conoce su oficio de artista como pocos. Este no es un pequeño elogio. La libertad que permite el arte moderno se presta a la "facilidad" de los aficionados, y un observador superficial hasta puede creer que los artistas "modernos" no necesitan aprender una técnica, y, sobre todo, pueden desconocer esa rigurosa disciplina que es el dibujo. Mena, dotado de gracia natural, lo conoce también por estudio, ensayo y práctica cotidiana.

Cuando se enfrenta con cualquier otro elemento -en escultura, pintura o decoración- sentimos en su trabajo ese amor y ese estudio de la materia que trata, propio de los artistas verdaderos.

Alaide Foppa
Guatemala, Martes 12 de Julio de 1955